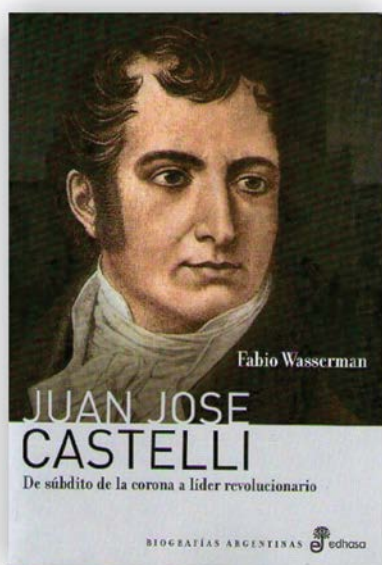


Fabio Wasserman, *Juan José Castelli. De súbdito de la corona a líder revolucionario*. Buenos Aires, Edhasa, 2011, 256 páginas.

Por Silvana Carozzi

(UNR – CIUNR)



Con pericia y buen estilo, Fabio Wasserman encara el retrato de aquel personaje del “largo silencio”. Va entonces mostrando los pasos a través de los que Juan José Castelli, tal como otros actores del ala radical de Mayo, transcurre ese proceso de conversión en líder revolucionario, inimaginable para un súbdito de la corona.

Tal vez, el desafío de orden filosófico está planteado en el primer epígrafe: se intenta demostrar que, torciendo la visión historicista de Alberdi, es posible que la revolución no construya a sus actores en la pura temporalidad de la acción. Desde el ejemplo de Castelli, se puede sospechar una voluntad desobediente, una «furia fría» sin cuyo concurso la idea de la revolución ni siquiera hubiese podido registrar algún domicilio

rioplatense. Es esa tensión, entonces, entre la historia, su sujeto y sus fines, la que sostiene el despliegue del relato en su espesor conceptual.

Un minucioso y fundado relevamiento biográfico de ese primo de Manuel Belgrano acompaña a la narración, a pesar de cierta escasez de documentos iniciales debida a la pérdida de la mayoría de los papeles del biografiado. Sin embargo, se sabe de su paso por el Colegio de San Carlos y su instalación –en 1780– en Córdoba, resultado de una decisión familiar por la carrera sacerdotal que Juan José luego revisaría, para pasar a la inquieta Universidad de Chuquisaca.

Abogado de la Real Audiencia y suplente de Belgrano en el Consulado, monárquico carlotista y al fin comandante político del ejército revolucionario en el Alto Perú, el libro presenta una vida sometida a juicio del lector y jalonada de episodios que, en su variedad, parecieran no encajar en una misma matriz de ideas. En cambio, Wasserman si subraya, desde las primeras actuaciones de Castelli en las instituciones coloniales, la permanencia de un talante ilustrado, rebelde al monopolio impuesto por la sujeción hispana. En ese horizonte convivirá con escasos amigos.

Acompañando posiciones historiográficas actuales, el autor opina que fueron determinantes los avatares de la corona peninsular para la suerte americana. Transcurren así, en páginas apretadas, las abdicaciones de Bayona, el avance napoleónico, el malestar porteño ante la endeblez del virrey Cisneros, para culminar en la semana de Mayo, en la que el abogado radical «llevaría la voz cantante», impulsando el primer llamado a la autonomía, desde el principio de retroversión de

los derechos soberanos. Como vocal de la famosa Primera Junta, también sería un protagonista intenso de una subversión todavía no identificada como revolucionaria, ni siquiera en la fogosa pluma de Moreno. En agosto, el fusilamiento de Liniers, ordenado por esa Junta y llevado a cabo por una partida que integraba (voluntariamente) Castelli, sería un parteaguas en la historia del acontecimiento. Luego, la revolución aprenderá a “decir su nombre” y el criollo asumirá la jefatura política del Ejército Auxiliar.

Wasserman se maneja con prudencia historiográfica cuando repone, en su turbiedad, un mundo sobre el que resulta complicado seguir suscribiendo las interpretaciones tajantes de cierta tradición polémica. En el vértigo de los años diez donde es imposible referirse sencillamente a una disputa entre criollos y españoles, Castelli toma decisiones célebres (y celebradas) en el Alto Perú, no siempre consensuadas con la Junta porteña, sobre todo desde el retroceso del morenismo. Está persuadido de la posibilidad de lograr una federación americana y de la necesidad de ampliar los apoyos integrando a los naturales, tarea complicada si se incluye la conflictividad del (no siempre injustificado) sentimiento antiporteño de la región. El historiador relata luego con detalle el trato igualitario que Castelli impuso para con los indios -muchos de los cuales habían pasado a integrar las huestes del realista peruano Goyeneche- cuya ceremonia emblemática fue el acto de Tiahuanaco. Wasserman subraya allí la complejidad que manifiesta ese mundo indígena, movilizado por objetivos que no tenían por qué coincidir espontáneamente con los de Mayo.

Finalmente, la derrota de Guaqui es, para el autor, el resultado de «debilidades internas» de la tropa dirigida por Castelli que, además, se desbanda saqueando y profanando, para terminar visualizada como una verdadera fuerza de ocupación. Castelli, portador ahora de las peores famas, emprende así un «regreso sin gloria» a Buenos Aires, donde se lo someterá a juicio. La vida del morenista termina con un cáncer de lengua que, tras la amputación, lo conduce a la muerte el 12 de octubre de 1812. Esto ocurrió en medio de un juicio desprolijo en el que también declaró Monteagudo, y donde se fue acusado tanto de atacar a la religión y a Fernando VII, como de introducir el «sistema de libertad, igualdad e independencia». Cierta o no la autoría de Castelli, la memorable frase «si ves el futuro, dile que no venga» es un cierre que transmite una metafísica de la historia que no puede no desasosegar. Wasserman también la recoge, afortunadamente.